

EXALTACIÓN. Poesías, por *María Consuelo Garay*.—Editorial Cultura. Buenos Aires.

Probablemente, si la autora de estos versos, en vez de escribirlos claros, sencillos y ajustados a cánones, los hubiese escrito hueros, complicados y sin ton ni son, habría tenido una mayor resonancia literaria. Desde luego, habría sido más discutida, y con la discusión...: «Hay que enturbiar el agua para que no se vea el fondo», dice Nietzsche.

Bien. La fe salva al creyente, pero la buena fe pierde a los poetas. Y el poeta no es un creyente. Hacer versos es un buscar rumbos hacia la belleza escondida; es un balbucir interrogaciones eternas. De eterna irresolución. De la poesía, más que de ninguna otra cosa, se puede decir que todo es en ella relatividad. Pero relatividad, cuyo alcance cualquiera puede apreciar más o menos claramente, cuando son claros los elementos y los intentos de que se ha dispuesto. Si se enturbia el agua, no se podrá ver el fondo de esa relatividad. Eso es todo. Y a eso íbamos, nada más: Hacer arte claro es limitarse honradamente a la realidad de esa relatividad.

La señorita *María Consuelo Garay* tendrá que resignarse, desgraciadamente, a ese límite puesto por su misma honradez. Un límite muy limitado. Sus versos son, como lo enunciamos más arriba, claros, demasiado claros; sencillos, más que sencillos, casi simples. Su disciplina estética se queda en el grado primario de la rutina.

Nada hay de exaltado, fuera del título, en este libro. «Exaltación» es una palabra que aquí tiene el vuelo de una flecha de museo. Poesías de pequeños bríos mujeriles, no poseen la fuerza de excepción a la regla de las poetisas ilustres, como la *Mistral*, la *Ibarbourou*, la *Delmira Agustini*. No la inspiración salomónica, ni la pagana gracia, ni la pasión divino-mefistofélica. Pajarillo

de a ras de tierra, sus ímpetus se van reanudando sucesivamente de palo en palo, de título en título. Larga hilera de títulos, entre los que corren, apenas ludidos por el soplo creador, versos de gris inconsistencia.

Versos débiles, indecisos, de una unción inexpressiva. A pesar de sus alardes pecaminosos, trascienden íntimamente a lirismo casto y cotidiano:

«Una palabra, «mío»,
yo llevo por rezarla
en su abrazo, ardorosa
como una fe agrandada,
y aprieto entre los dedos
una caricia larga
que enroscaré a tu cuerpo
como una vid sagrada...».

(Y dijo la Ensoñadora, pág. 15).

A veces, raras veces, logran atrapar la mariposa esquiva de una bella metáfora:

«Su racimo exprimieron las nubes
sobre el surco...».

(Cosecha, pág. 28).

Pero generalmente no se le descubre, bajo sus suavidades femeninas, la «vena» lírica a esta poetisa de lindo nombre romancesco. Por mucho que rebusque y combine ideas y palabras, sus versos nos dejan casi siempre la impresión de que son sólo «palabras, palabras, y palabras»:

«Cuántas veces yo sueño cuando hay Luna
regalarle a su luz mi azul crisálida,
porque maravillosa abriera en una

escultura ideal de forma cálida
y Vestal consagrada de la Luna
prender de un rito toda su luz pálida».

(Panteísmo, pág. 70).

Sí; nosotros también estimamos que, por el momento, la señorita María Consuelo Garay, es sólo una crisálida lírica. Esperaremos su evolución perfecta.—GUILLERMO KÖHNENKAMPF.



EN TORNO A UN AUTOR PREMIADO

Luis Durand es el escritor nacido del ambiente mismo de sus obras. Viene a nosotros en menos tiempo y mejor clima literario, pero trae también tejido de carne más sufrido y pupilas bien logradas en hombres y paisajes. Sin embargo, quedarán ausentes de vida interpretativa, antes de ser vertidos al papel, en espera de mayor madurez y de livianura de preocupaciones. Durand, en medio de su realidad sufriente, seguirá siendo actor de sus cuentos sin vislumbrar aún el mundo de la ficción novelística. Cuando empieza a escribir, acaso él mismo se sorprenda de que sus creaciones tengan una firme consistencia. Hacen ocho años no más yo mismo leía esos primeros relatos que eran el desahogo lógico de una naturaleza llena de posibilidades; después el escritor se irá afinando, la cuerda grave de su sensibilidad vibrará en un tono más sutil y en la imaginación los tipos vistos en sus campos cauquenenses adquirirán la fuerza persuasiva y la atmósfera vital en que viven.

Luis Durand ha sabido ser consecuente a ese mensaje de su tierra, dándonos volúmenes de afanosa constancia y bella labor, hasta entregarnos su mejor realización en «Mercedes Urizar», que es a la vez su primer y feliz intento de novela. Léida así, de golpe, más rápida que otros libros que caminan